

LA OPINION

EDICION DE LA MAÑANA

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion, y en la libreria de Bartolomé Rotger, Palacio 4.

Redaccion y Administracion: San Pedro Nolasco, 7 principal.

Despacho de 9 a 12 mañana, y de 3 a 6 tarde.

PRECIO DE SUSCRICION.

1.25 pesetas al mes.

Número suelto 10 cént. de peseta

LA CUESTION FIOLE EN EL CONGRESO

(Conclusion.)

Está bien; pero si un gobernador debe hacer eso, ¿qué es lo que corresponde hacer a un gobierno que también lee esas denuncias?

¡Pero qué decimos denuncias de periódicos! ¿Pues qué no había un hecho oficial evidente que se imponía al gobierno? Pues qué, en el mes de Octubre no fué sorprendida una casa de juego por la autoridad judicial?

¿No hubiera sido esto suficiente para que el gobierno dejara cesante al gobernador, o cuando menos para que lo llamara a Madrid a responder de su desdichada gestión, que daba lugar a esas sorpresas por la autoridad judicial? ¿Que no entra en sus funciones principales, privativas y omnímodas no consentir que se cometan delitos como el del juego?

Eso será una acusación para el señor Fiol; lo es también para el gobierno.

El hecho terrible, cierto en toda su desnudez, es este: En Valencia se jugaba en Octubre, puesto que la autoridad judicial sorprendía casas de juego. Al gobernador de Valencia se le ha quitado en Marzo por no perseguir el juego ó por explotarlo.

Este es el hecho que no decimos nosotros que ha proclamado para defenderse el señor Testor desde el momento que ha hecho patentes las denuncias de *El Mercantil* y de *La Traca*.

Los versos de este periódico satírico han hecho la delicia de todo el Congreso y hoy los repiten todos los periódicos y mañana serán populares en todo Madrid y en toda España.

Esos versos y la frases de sol a sol de *El Mercantil* han hecho la apología de una situación en que se pueden decir esas cosas y de un gobernador que dá margen a ellas.

Formando pendant con esa literatura naturalista está la declaración del señor Testor:

«Yo no quería que el Sr. Fiol fuera a Valencia porque podía disgustar a sus amigos del año 71 ó disgustar a la situación por entregarse demasiado a esos amigos del año 71.»

¡Ah, qué revelación! Es decir, que al Sr. Testor le parecía mal el predominio que pudieran tener los amigos de Fiol del año 71.

Entonces cómo obedece el Sr. Testor al Sr. Becera, ministro de los años de la revolución, al Sr. Puigcerver, radical y hombre de la revolución, al señor Bermúdez Reina?

Es decir, que el Sr. Testor considera que no deben influir, que es peligroso que influyan en la política de Valencia los hombres del 71 que pueden mandar y mandan en España!

¿No es esto un acto de caciquismo? Lo dejamos al juicio de todos los diputados ministeriales que proceden de aquella época del 71.

Están fuera de la fusión, según la manera de entender la política del señor Testor.

Hubo un momento en el debate en que pidieron intervenir los señores Villaverde y Laiglesia, y de haberlo hecho, con sólo que hubieran puesto en el empeño alguna lógica, el gobierno queda por los suelos.

Vive por la piedad de las oposiciones. ¡Para lo que ha de dudar!...

El Sr. Fiol ha quedado enterrado y el gobierno insepulto.

(El Mercantil Valenciano.)

EL SOCIALISMO EN ESPAÑA

Con sobrado motivo está llamando la atención pública el impulso que en las naciones más cultas de Europa mueve a las clases obreras en demanda de una más equitativa participación en los productos del trabajo y de disposiciones que amparen más cumplidamente los intereses de estas mismas clases en sus relaciones con las demás de la sociedad.

Con suficiente anticipación se dió en España el grito de alarma, en la previsión de las consecuencias á que infaliblemente conduciría el procedimiento empleado para llevar á cabo la gran reforma que condujo a la desamortización eclesiástica y civil.

La sociedad de nuestros antepasados amparaba a las clases menesterosas por medio de la constante relación en que se hallaban con los institutos religiosos y los auxilios de la caridad hondamente grabado en las costumbres de un pueblo eminentemente religioso y que formaba una verdadera sociedad de hermanos, bajo el punto de vista de la caridad, sin límites, que prevalecía en nuestras costumbres.

Sobre aquellos tiempos, que no han de volver, tengo dicho hasta la sociedad

que había en España pan y piojos para todo el mundo. Estado que ha sido reemplazado por el cambio de manos por el que ha pasado la propiedad desde los desatinados decretos de Mendizábal, incompetente reformador, cuyo sistema desamortizador fué tan perdurable que habiéndose propuesto hacer frente a la deuda pública con los bienes de la desamortización, lejos de haber extinguido los créditos que pesaban sobre el estado, no solo no lo realizó, sino que por el contrario, dejó muy sobrecargado nuestro pasivo, y sin duda por efecto de su supina ignorancia, su gestión financiera se redujo a disponer en beneficio de privilegiados y de logreros del haber nacional que la desamortización ponía en manos del gobierno, y que solo sirvió para enriquecer a los ricos en perjuicio de los pobres.

Desde entonces pudo colegirse que las clases menesterosas desatendidas, no podrían siempre guardar silencio y acabarían sus quejas por tomar un colorido que con el tiempo haría comunes las reclamaciones de los agravios de nuestro proletariado con los articulados por las masas trabajadoras de las naciones extranjeras.

Otras de las reformas hechas por nuestros progresistas, hombres llenos de patriotismo y buenos deseos, pero animados por pasiones estimuladas por el escozor de los agravios, que de manos del gobierno absoluto y del servilismo, que le vino en ayuda, habían recibido tres generaciones de liberales, solo se ocuparon de tomar el desquite deshaciendo la obra buena de costumbres que, si bien afeadas y gastadas, podían ser reemplazadas por instituciones de índole aplicable a la sociedad moderna.

El error a que dejó hecho referencia, consistió en la manera como se extinguió el diezmo que la serpiente ignorancia de nuestros reformadores calificó como una contribución que pesaba sobre los labradores, cuando en realidad no era otra cosa sino una parte integrante, si bien subterránea de la renta de la tierra, circunstancia que para no haber hecho un regalo a los propietarios territoriales, debió el diezmo en vez de ser abolido pura y simplemente haber verificado su extinción redimiéndola los propietarios por medio de una subvención pagadera en una larga serie de años.

Las observaciones que recapitulan los renglones que proceden fueron hechas

en tiempo oportuno por la escuela de *El Correo Nacional* durante los años 1836, 37, 38, 39 y 40, observaciones en las que proféticamente se anunciaba que llegaría y no tarde, el momento de un desnivel entre los precios de los salarios y los artículos de primera necesidad absolutamente indispensables para el sustento del jornalero, situación análoga a la que se ha resentido el proletariado de Alemania, Italia y hasta cierto punto Francia é Inglaterra a efecto de atenuar el desnivel entre los salarios y el precio de los artículos de primera necesidad para sustento de los operarios que han sido la causa determinante que de algunos años a esta parte han aumentado las emigraciones de brazos productivos que han ido a buscar a América y Africa medios de subsistencia que ya no encuentran en su propio país, síntoma de malestar que apenas se necesita añadir, se ha hecho sentir también en España, sin que hayan tomado nuestros gobiernos las disposiciones, en las que era su deber haber pensado, para metodizar las inmigraciones a Filipinas, y haber regularizado por un sistema mejor estudiado que lo ha sido, el del exceso de brazos dirigidos a Buenos Aires cuando hubiese podido haberse hecho con mejor fruto, habiendo procurado dirigir a nuestros emigrantes a la América latina, distribuyendo las emigraciones entre Cuba, Méjico, la América Central, Costa firme y el Perú.

No se había ocultado tampoco a la escuela que tan acertada como inutilmente por desgracia inició como aplicable a la desamortización de Mendizábal el sabio sistema orgánico de la propiedad territorial recomendado por nuestro sabio economista D. Alvaro Flores Estrada habiendo previsto desde entonces y señalado el más reciente peligro de la insuficiencia de los salarios para el mantenimiento del jornalero y de su familia.

Entre las bases de organización política y de las instituciones de interés social por aquella escuela iniciados en 1838 se halla una base, la 13.ª, que recomienda que el gobierno tuviese siempre dispuestos proyectos de obras públicas encaminados a fines reproductivos, obras cuyo planteamiento se regulase de manera que en todas las obras públicas bastasen a dar ocupación a los brazos sobrantes de la agricultura é industria a cuya base seguía otra que recomendaba

cedido al choque, encida en toda su longitud. Rosmunda, volvió a colocar la mesa sobre sus pies abrió el cajón, y después de hechar una ojeada sobre los objetos que contenía, dijo:

—Bien sabía yo que debía haber alguna cosa pesada en este cajón. Está lleno de pedazos de mineral de cobre, absolutamente iguales a los que llevaban a mi madre de sus minas de Porthgenna. Aguardal... completamente en el fondo, tan lejos como puede alcanzar mi mano, me parece descubrir alguna cosa.

De entre los pedazos de metal virgen bajo los cuales estaba como escondido, desprendió un pequeño marco de madera negra y de forma circular, poco más ó menos de las dimensiones de un espejo de mano. Se le presentó por el anverso, no de modo ver, en el disco que formaba, mas que una de esas tablillas de madera delgada, con cuya ayuda se fijan los dibujos ó grabados en los cuadros de pequeñas dimensiones. Este pedazo de madera, clavado con una sola techuela, había sido desprendido según toda probabilidad, a consecuencia del choque repentino que acababa de experimentar, y cuando Rosmunda sacó el marco del cajón que lo encerraba, reparó, entre el borde de este marco y la tablilla, sacada por tal motivo de su lugar, la estremidad de un pedazo de papel plegado, replegado y vuelto a plegar, de modo que ocupase el menos sitio posible. Ella retiró

FOLLETIN DE «LA OPINION» 137

EL SECRETO

POR WILKIE COLLINS

Novela inglesa traducida del francés por J. A.

Dedicada afectuosamente por el autor y por el traductor francés á Eduardo Federico Smith Pigott.

no puedes tener tanta confianza en tus manos como en mis ojos.

Una nube de disgusto pasó sobre la frente del joven; pero pasó rápida, y había ya desaparecido cuando ella le volvió a coger de la mano para conducirlo al sitio en que estaba antes sentado. El la atrajo suavemente a sí, y depositó un beso en su mejilla.

—Tienes razón, Rosmunda, dijo... El único y verdadero amigo en quien puede contar el pobre ciego... es su mujer.

Apercibiéndose de que estaba algo triste, y comprendiendo, gracias a esa viva intuición de la mujer que ama, que se trasladaba con la imaginación a los felices tiempos en que él disfrutaba aun del sentido de la vista, Rosmunda, así que le hubo hecho sentar en la otomana, volvió bruscamente a aquel inagotable tema: la Cámara de los Mirlos.

—Y ahora, querido, que miraré? Hemos examinado la librería... Para escu-

diriar el escritorio es necesario esperar... Que otro mueble hay aquí que tenga cajones ó compartimientos cerrados?

En su perplejidad, paseaba sus miradas en torno suyo. Dirigióse después hacia el lado de la habitación que atrajera su atención últimamente: el lado en que estaba abierta la chimenea.

—Hace un momento, cuando he pasando por aquí contigo, me parece haber reparado alguna cosa, dijo acercándose a un segundo nicho retirado, practicado detrás de la campana de la chimenea y que correspondía a aquel en que estaba colocado el escritorio cuyo examen acababa de aplazarse.

Ella acostumbó su mirada a la oscuridad de aquel sombrío rincón, y allí, en un ángulo en que se proyectaba la sombra de la alta chimenea, acabó por descubrir una mesita estrecha y como raquítica, construida de la caoba mas común; el mueble era á buen seguro, el mas miserable y fragil de cuantos había en la Cámara, y de seguro era tambien el que menos llamaba la atención. Lo empujó desdenosamente con el pie hacia la luz. La desdichada mesa crujía y gemía, deslizándose y tropezando sobre sus pies, mal construidas a la moda antigua.

—Leonardo, he desanidado otra mesa, dijo Rosmunda un vejstorio malo y pequeño, abandonado en un rincón... Acabo de sacarlo a luz, y estoy viendo que tiene un cajón... Det úvose aquí, inten-

tando abrir este cajón, que pasó resaca... Otra cosa... ¡estaba en la inapiciencia... Y hasta esta pequeña máquina se oponía a nuestras pesquisas.

Al decir esto empujó la mesa con un brusco movimiento de la mano... El pequeño mueble, vacilando sobre sus frágiles pies, bamboleo, inclinóse y acabó por caer al suelo; por caer con el mismo ruido que si hubiese sido dos veces mayor; por caer con un ruido que llenó la habitación, y fué á reproducirse entre los ecos del desierto vestibulo.

Rosmunda se apresuró á correr al lado de su marido, el cual, en un primer impulso de espanto se había levantado de repente; y le contó lo que acababa de suceder...

—Pero como? le decía admirado; que estás hablando de una mesa pequeña?... Pues si ha hecho, al caer, el ruido de uno de los muebles mas grandes que pueda encerrar la habitación.

—Esto depende, sin duda, de que hay en el cajón algun objeto pesado, dijo Rosmunda, algo agitado todavía por la emoción que tan ruidosa caída le produjera. Acercose á la mesa, y después de haber esperado algunos instantes para dar tiempo, de volver á caer el polvo que se había levantando y que la rodeaba aun de espesas nubes, casi inmóviles en el aire, se inclinó y se puso á estudiar la mesa que yacia en el suelo. A consecuencia de la caída, la cerradura había

